

LA METÁFORA DE LA SOCIEDAD ENFERMA*

Por Francisco Delich **

Con bastante más frecuencia de lo razonable se habló de la sociedad enferma, pero desde 1976 se convirtió en el diagnóstico oficial del gobierno para explicar de un modo didáctico y convincente el pasado inmediato de la República Argentina, para justificar el acceso al poder, la legitimidad de la permanencia en él y los objetivos históricos propuestos.

Los síntomas eran tan explícitos que se convertían ellos mismos en significado. La inflación, la violencia de los aparatos clandestinos, las pugnas sociales aparentemente inconciliables: un desorden social tanto más exacerbado cuanto mayor apego al orden tiene el observador. Caos para unos, desorden ruidoso para otros, el nuevo régimen prefirió describirlo como enfermedad de la sociedad, como expresión de males antiguos y profundos, perdurables, que requerían cambios drásticos allí mismo donde los males tenían origen. Si el diagnóstico de las Fuerzas Armadas hubiese sido distinto, distintas también habrían sido las soluciones. Si la crisis se hubiese visto como crisis política, el remedio habría sido el propio orden constitucional: las elecciones previstas para fines de 1976 ofrecían la opción de un cambio de orientación política. Si se hubiese visto como crisis económica, un cambio de ministro, tal vez de gabinete resultaba capaz de establecer otras reglas de juego. Pero si la crisis era social, si lo que parecía en juego no tocaba solamente el orden social, sino a su fundamento, entonces sólo era pensable un cambio radical en la relación Estado/sociedad que permitiera, a partir del primero, redisciplinar la segunda.

La sociedad estaba enferma de gravedad. Para unos la enfermedad era el orden que combatían, fundado en privilegios, consumo ostentoso y pobreza. Para otros era el desorden, la movilización social, la contestación generalizada. Para unos y otros la sociedad estaba enferma y coincidían en que ella no podía curarse por sí sola. Unos y otros acordaban en llamar al cirujano: la disputa era por el bisturí. Pero, ¿fue así?

La elección de una metáfora socialmente aceptada -y ésta lo fue- no es nunca una decisión unilateral, sino el encuentro de una demanda social que intenta reconocerse a sí misma como tal y un elemento de legitimidad potencialmente convertible en fundamento de consenso. La sociedad argentina no podía reconocerse como tal durante los años setenta sino a condición de aceptar su desgarramiento, la inevitabilidad de los intereses opuestos, del terrorismo, la sensación de la decadencia o de la arbitrariedad del poder.

La idea de una sociedad enferma parece obviar todo reconocimiento, toda responsabilidad. Pero no era ésta la única razón de su atractivo. La idea es fácilmente incorporable porque nadie individualmente se reconoce como sociedad, sino como un individuo que está *en frente a, con* la sociedad. Nadie aceptaría que también individualmente uno es la sociedad. Aceptar entonces la hipótesis de una sociedad enferma implica casi suponer simétricamente que cada individuo está sano, o por lo menos no necesariamente enfermo. La sociedad es lo otro, ni siquiera el otro, sino otros, aquellos que, desconocidos, son parte de la gente, anónimos y masivos semejantes.

La metáfora opera entonces como un principio de organización de la identidad colectiva, como referente social capaz de explicar y simultáneamente de desarmar una conciencia distinta de la situación. Pero, para que esto sea posible, es preciso una metáfora compatible con aquellos que organizan identidades más amplias, a escala civilizatoria. La metáfora de la sociedad enferma coincide aproximadamente con el paradigma de conocimiento (científico) predominante durante los últimos dos siglos. Razonando en términos de Kuhn "la metáfora organicista que marcó fuertemente la sociología del siglo pasado correspondía lógicamente a la sociedad en proceso de industrialización, cuya racionalidad estaba marcada por el funcionamiento de máquinas de movimientos coordinadas con hombres. El conjunto máquina / hombre, como el conjunto hombres / hombres, se gobiernan conforme al mismo paradigma: aquel que comienza postulando la unidad del sistema que conforman, la funcionalidad de cada una de sus partes para el todo, y cuyo corolario no puede ser otro que la necesidad del orden que preserva el sistema; toda conducta humana o máquina que tienda a esta preservación es funcional y consolida la estabilidad y toda conducta que, sea por error, negligencia, incapacidad, u otro motivo, atente contra el desenvolvimiento previsible del conjunto, es disfuncional y en consecuencia compromete el sistema en su conjunto."¹

Descomposición de la máquina o descomposición del cuerpo son equivalentes en términos lógicos, del mismo modo que la inadecuación de una u otra cuando forman parte del mismo sistema; la disfunción es por definición patológica, independientemente de la apelación al mecánico o al médico.

Más aún, la metáfora de un conjunto enfermo, o si se prefiere la enfermedad de los conjuntos, se asentaba

* Este texto constituye un capítulo de un libro del autor de próxima publicación.

** Director de la Revista *Crítica & Utopía*.

además en las raíces mismas de la historia de la humanidad, aunque ciertamente acentuada en los albores de la modernidad. La epidemia no es sino esto, la enfermedad de un conjunto cuyo atributo es el estigma de un bacilo, virus o microbio.

"Cuando la lepra retrocede, he aquí a la gran peste: nacida hacia 1333 en Asia, donde sin duda causó 25.000.000 de muertos, llegó a Europa propagada por las ratas (...) en cinco años -de 1346 a 1350- Europa perdió, al menos, la tercera parte de su población. En 1348, sesenta mil personas murieron en Avignon y cien mil en Florencia. En 1346 París perdió, por lo menos, cincuenta mil habitantes y en el mismo año Viena perdía cuarenta mil y Londres cien mil. Cuando desaparece el cólera será reemplazado por otros males: la sífilis, la viruela y el tifus."

Pero junto con los estertores del feudalismo "la lepra y la peste se alejan y cesa el vagabundeo de los mendigos. Al mismo tiempo aparece el cuerpo en Europa como económicamente útil para ser defendido y reparado, como el complemento indispensable de la herramienta" y luego agrega Attali en un libro espléndido, *El orden canibal*, "el cuerpo tampoco es ya metáfora del cosmos, de las palancas, sino metáfora de la máquina, saber dominante de los dioses sino metonimia de la nueva producción científica: la termodinámica."²

Mal vinculado al surgimiento de la sociedad urbana, como el propio Attali -de quien tomo la cita- anota con razón, también marca el comienzo del fin del orden feudal, los albores del burgo, del comercio y del capitalismo. Con este último la enfermedad tiene otro significado, la enfermedad social paradigmática, la epidemia, no será concebida como castigo que espera redención, sino enfrentada recurriendo a la separación. Se la confunde con la marginalidad social: identificado el vagabundo, se lo reprimirá dentro de un orden policial. Imposibilitada de prevenir o curar, el sistema se defiende estableciendo barreras, distancias, separaciones. Cuando se logre, ya en este siglo, el control de las causas de epidemias como las que marcan los últimos seis siglos, otras *pestes* aparecerán, como ocurre en la obra de A. Camus. La separación de los cuerpos se convierte en separación de almas, en separación social: el consumo ostentoso marca los confines del espacio común, pero no aparece como síndrome de enfermedad, sino de salud. Por eso E. Fromm en *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* vuelve al tema de la sociedad enferma como metáfora de la enajenación, de la alienación del mundo industrial moderno, admitiendo simultáneamente la posibilidad de una sociedad enferma: "Que la naturaleza humana y la sociedad puedan tener exigencias contradictorias y, por lo tanto, que puede estar enferma una sociedad en conjunto, es un supuesto que formuló muy explícitamente Freud y del modo más detenido en su *Malestar en la cultura*".³ Empero conviene señalar inmediatamente -como lo hace el propio Fromm por lo demás- los límites de las analogías entre individuo y sociedad, entre neurosis individual y neurosis colectiva. Pero en todo caso, la perspectiva de E. Fromm marca el límite de desaparición de la metáfora como tal, porque se convierte en un dato de la realidad, en parte de la historia. Entre éste y una metáfora que guíe una reflexión como aquí se pretende hay un amplio espacio, construido de ambigüedades y por eso mismo opaco.

La metáfora, ésta que desarrollamos y cualquier otra, nada nos dice en sí misma, pero es fascinante verificar cómo es capaz de anudar discursos aparentemente incompatibles -como se vio rápidamente- y a éstos con la historia. En otros términos, la metáfora es capaz de aproximar inusualmente el discurso retórico al discurso científico.

I. LOS SIGNOS DE LA ENFERMEDAD

1. La peste son las palabras. También las ideologías que están hechas de palabras: la oración religiosa, el discurso político, el canto popular. Las palabras fueron acusadas porque llenaron de dudas allí donde había certidumbres, crearon resentimientos donde sólo había fraternidad, se desplazaron en espacios prohibidos, volaron en desorden por el orden: así acusada la palabra sería separada, luego reprimida y el silencio establecido como norma no solamente para la sociedad, sino también para el nuevo poder. Durante los dos primeros meses de gobierno sólo hay tres discursos oficiales: de Videla, de Martínez de Hoz (2 de abril de 1976) y de Liendo (1 de mayo). Los tres coinciden en la necesidad de que los hechos hablen. Nada hay que explicar, todo está por hacerse.

Uno de los ámbitos privilegiados de la palabra, la Universidad, es acallado. Por primera vez en tres siglos la Universidad Nacional de Córdoba tiene por rector un oscuro oficial aeronáutico, gesto inútil para poner en la calle tres docenas de profesores de izquierda, pero necesario para marcar con un signo inequívoco que todo había cambiado, que la represión alcanzaba a la palabra misma.

La inflación no es sólo una dificultad, excrecencia, anomalía del subsistema económico: es un elemento decisivo en la subversión del orden económico, esto es, parte de la subversión generalizada de la sociedad, enemigo principal, objetivo prioritario de reversión. En marzo de 1976, en esos 31 días, el índice de inflación fue el 38 %: más alto que el total de los tres años anteriores en Alemania. No se alcanzan o visualizan -en todo caso no son señaladas- las raíces sociales de la inflación: se anotan en cambio sus consecuencias sociales, la forma en que el desorden monetario se metamorfosea en desorden social. Es cierto, el desorden

fiscal y el social se generalizan simultáneamente. Las causas de la inflación son atribuibles exclusivamente al gobierno agonizante: el déficit fiscal implicó forzosamente la emisión monetaria y ésta el incremento preventivo de precios. El poder sindical logró aumentos nominales de salarios que son trasladados a los precios, incrementando así el desorden. El déficit fiscal es fácilmente explicable, dicen los cirujanos, si se tiene en cuenta el déficit de las empresas públicas, el gigantismo de la administración estatal y los gastos sociales del Estado: hay que reducir el tamaño del Estado, los gastos sociales y el poder sindical.

Pero la inflación es un fenómeno aún más perverso: condiciona la mentalidad empresaria y orienta los comportamientos hacia la especulación. Unida a la discrecionalidad del Estado en materia arancelaria, termina por impedir el incremento de productividad, esto es, la capacidad de competir, ganar, ahorrar, invertir. La inflación es un signo, el signo de la enfermedad económica.

Cuando, en junio de 1966, el presidente constitucional Arturo Illia es derrocado para ser reemplazado por el general Onganía, encargado de conducir la revolución que realizaría la Argentina *potencia*, no hay guerrilla en el país. A comienzos de 1964 un pequeño grupo armado, el EGP, había sido desarticulado en Salta por la gendarmería, capturados casi todos sus integrantes y procesados por la justicia regular. Dos de sus miembros habían sido condenados a veinte años de cárcel por haber asesinado a uno de sus propios compañeros de armas en el monte salteño. En 1973, el país estaba salpicado de muertos y desaparecidos, organizaciones armadas de vanos signos y tipos, el crimen político se había transformado en un arma rutinaria y la masacre del adversario en un propósito normal. La historia de estos siete años, la historia de la violencia de arriba y de la violencia de abajo, parecía que concluían con el régimen militar de Onganía / Lanusse. Pero el orden constitucional tampoco pudo evitar que la disputa por el control del movimiento peronista se transformara en una guerra de posiciones que altera la naturaleza misma del Estado y aleja la política, subordinándola a la razón militar. La frágil legitimidad de una democracia ganada con dolor en siete años violentos, se asfixiaba en el vértigo de una violencia que se retroalimentaba de sí misma. Al gobierno de 1976 no le importa quién (y cómo) genera la violencia. Importa la separación de los violentos, convertidos en epidemia que debe erradicarse. Las palabras, la inflación y la violencia eran los signos de la enfermedad.

2. Si la enfermedad es una maldición y la maldición es un estigma de los dioses, la enfermedad no es nominable. Como el pecado la enfermedad se oculta y sólo se muestra en la privacidad del consultorio o en la penumbra del confesionario. Cuando la enfermedad es grave, cuando el diagnóstico es fatal, los médicos tienen su propia metáfora: pronóstico reservado. Reservado no implica que se ignore, porque por definición los médicos no pueden jamás ignorar lo que ocurre ni carecer de diagnóstico, y si así fuese, no lo reconocerían. La ambigüedad de la "reserva" permite un amplio espectro de suposición. Otras veces (y en una práctica lamentable) el médico no le dice al paciente que tiene una enfermedad incurable, mucho menos anunciarle que habrá de morir. Generoso y tranquilo el médico se lo dice a un familiar. La enfermedad sigue siendo innombrable. Escribe Susan Sonntag: "El tratamiento del cáncer, tal como se lo entiende hoy, implica métodos muy distintos, de una brutalidad que no se esconde. (Médicos y pacientes suelen bromear en los hospitales oncológicos: 'El tratamiento es peor que la enfermedad'.) Ni hablar de miramientos para con el enfermo. Su cuerpo está sometido a un ataque (a una 'invasión'), y el único tratamiento es el contraataque.

"No bien se habla de cáncer, las metáforas maestras no provienen de la economía sino del vocabulario de la guerra: no hay médico ni paciente atento que no sea versado en esta terminología militar, o que por lo menos no la conozca. Las células cancerosas no se multiplican y basta: "invaden". Como dice cierto manual, los tumores malignos, aún cuando crecen lentamente, "invaden". A partir del tumor original, las células cancerosas "colonizan" zonas remotas del cuerpo, empezando por implantar diminutas avanzadas ("micro-metástasis") cuya existencia es puramente teórica, pues no se pueden detectar. Las "defensas" del organismo no son casi nunca lo bastante vigorosas como para eliminar un tumor que ha creado su propio abastecimiento sanguíneo y que está constituido por miles de millones de células destructivas. Por muy "radical" que sea la intervención quirúrgica, por muy vastos los "reconocimientos" del terreno físico, las remisiones son, en su mayor parte, temporarias: el pronóstico es que la "invasión tumoral" continuará, o que las células malhechoras se reagruparán para lanzar un nuevo ataque contra el organismo.

"También el tratamiento sabe a ejército. La radioterapia usa las metáforas de la guerra aérea: se *bombardea* al paciente con rayos tóxicos. Y la quimioterapia es una guerra química en la que se utilizan venenos. El tratamiento apunta a *matar* las células cancerosas (dentro de lo posible sin matar al paciente). Los efectos secundarios del tratamiento reciben mucha –demasiada– publicidad. (Frase corriente: "el suplicio de la quimioterapia".) Es imposible no dañar o destruir las células sanas (por cierto, ciertos métodos contra el cáncer suelen ser cancerígenos), pero se considera justificado casi cualquier daño acarreado al cuerpo si con ello se consigue salvar la vida del paciente. A menudo, claro está, no se consigue. (Recuérdese: "Tuvimos que destruir Ben Suc para salvarlo".) Todo está: lo único que falta es el recuento de muertos. La metáfora militar apareció en medicina hacia 1880, cuando se identificaron las bacterias como agentes patógenos. Se decía que

las bacterias "invadían" el cuerpo, o que "se infiltraban" en él. Pero el modo con que hoy se mencionan el asedio y la guerra hablando del cáncer es de una exactitud literal y de una autoridad sorprendente. La descripción no se limita a la evolución clínica de la enfermedad y su tratamiento, sino que la enfermedad se convierte en el enemigo contra el que la sociedad entera ha de alzarse en pie de guerra." ⁴

3. Una sociedad se enferma solamente por su propia culpa. Todos los síntomas que concurren a definirla como enferma, los estados febriles de agitación (la movilización social), el conflicto irresuelto, la crisis económica, corresponden a distintas etapas de evolución de una enfermedad crónica, la incapacidad de la sociedad de controlarse a sí misma. Allí aparece la necesidad de un orden externo y ajeno, el orden estatal.

No hay credibilidad para el azar ni elementos patógenos que alteren el equilibrio que -pareciera- la sociedad tiene y al cual tiende por vocación natural. La enfermedad sólo se explica por irresponsabilidad, maldad o desidia. El *príncipe enajenado* no será sino la mano moral, la mano del orden que aprieta, impersonal, el conjunto, porque es el propio conjunto el responsable. Toda la sociedad es sospechosa, porque en ella anidan los agentes del mal, los subversivos y los corruptos. No obstante, la enfermedad no será jamás nombrada. ¿Cómo nombrarla si la palabra ha sido prohibida?

II. LA TERAPIA DEL MAL...

Sociedad y economía tenían ya su diagnóstico, el mal había sido detectado (felizmente) a tiempo pero su gravedad era extrema y sólo una *operación quirúrgica* podía curar al paciente; pero éste se repondría, porque era fuerte a pesar de todo. Como aún había reservas, se restablecería definitivamente. Pero era preciso la operación, cortar tajantemente los nudos que traban, cambiar los hábitos malsanos. Era posible con dos condiciones: tiempo y perseverancia. Martínez de Hoz, autor del discurso diagnóstico fue ministro de Economía durante cinco años, el lapso más largo de ejercicio desde los años treinta; Videla presidente casi el tiempo de un período constitucional. Harguindeguy ministro del Interior más tiempo que nadie desde los años cincuenta. Pero esto era insuficiente: no había plazos sino objetivos, curar una sociedad enferma, una economía exhausta. Larga tarea, casi infinita.

La relación entre el poder militar y la sociedad es así una relación médico-paciente que la práctica de la medicina en nuestro país puede describir como sigue: el médico *sabe* y el paciente *no sabe*. Es una asimetría absoluta y perfecta (ciertamente esto corresponde a una concepción de la medicina troglodítica, pero todavía predominante en nuestro país). El *saber*, el monopolio absoluto del saber, implica también el monopolio del poder. En consecuencia, del mismo modo que el médico diagnostica de un modo solitario e invariablemente correcto, de acuerdo con su propio saber y no con la opinión del paciente, el *poder* diagnostica sobre las anomalías de la sociedad, sus causas y sus consecuencias.

Ciertamente se diagnostica para curar, y tampoco la adecuación de la receta se consulta. El médico prescribe y el paciente cumple. El poder decide y la sociedad ejecuta. Más aún, la terapia incluye generalmente alguna clase de dolor, de intensidad variable, pero siempre previsible para el paciente: la finalidad en todo caso y la perspectiva de buena salud hacen que el paciente (la sociedad) acepte ese dolor necesario. Algún malhumor es tolerado porque resulta comprensible, pero no puede llegar al límite de poner en peligro la terapia prescrita. El obrero puede protestar pero el sindicato no puede hacer huelga. No se excluye tampoco una visión que evoque la necesidad del dolor como precio de la cura, de la enfermedad como castigo por algo que se hizo mal: no hay azar en la historia y en la vida. Siempre alguien es responsable de lo que ocurre y de lo que ocurrió, cuando de males se trata.

La relación saber-poder, simétrica a la relación ignorancia-pasividad, se transforma en términos políticos como sigue: diagnosticada la enfermedad el *Estado* se yergue entre los términos para establecer el nuevo orden. Protege de la contaminación al *saber-poder* y asegura el aislamiento del *ignorante / pasivo*. La terapia incluye una nítida separación de roles, una clara distinción de sanos y enfermos, de terapeuta y pacientes.

Se apoderan del aparato estatal los cirujanos-terapeutas y comienzan por aislar radicalmente al paciente: el Estado se separa de la sociedad para incorporarse a las Fuerzas Armadas, un doble cordón sanitario se instaura para separar a los propios terapeutas de la sociedad y mantener el control sobre el Estado, separando a su vez a éste del conjunto de la sociedad. Escribe Attali: "Considerando los ejemplos dados hasta aquí, parece, en efecto, que se puede descomponer el orden caníbal en cinco operaciones sucesivas, como elementos de su estrategia frente al mal: la primera consiste en *seleccionar* los signos de lo que se cree vendrá el mal. Luego estos signos son *vigilados*. Y por último viene la *separación* del mal." ⁵

Separar, aislar, para luego aniquilar. ¿A quiénes? A todos, porque no se sabe quienes son: la sociedad en su conjunto es sospechosa no tanto porque la Sociedad se confunda con el Mal, sino porque la Sociedad está

enferma, guarda el mal.

El aislamiento no puede comenzar sino por la ruptura de las mediaciones, esto es por el alejamiento de la política. Se prohíbe la actividad política, con severas sanciones para quienes violen las disposiciones, pero además se difunde un discurso antipolítico de naturaleza tal que tiende a confundir también la política con el mal. La política es aquello que divide -inútilmente- a los argentinos, y en la desunión avanza cómodamente el mal que nos atormenta. La política, mediación entre el Estado y la sociedad, canal de demanda social, articuladora de la voluntad ciudadana, excluida del discurso público se refugiará en el ámbito de lo privado para no ser aniquilada.

Pero para que esta separación sea posible, para que la mediación sea disuelta entre sus dos polos, es preciso aún más: que la naturaleza misma del Estado se altere. Espacio público, sujeto histórico y voluntad de la Nación son reducidos a un ámbito instrumental, corporativo y de clase. El Estado es obligado a renegar de sí mismo, como si el *príncipe enajenado* que se hace cargo de la conducción orientara su acción hacia la autodestrucción. El discurso antiestatal del príncipe enajenado se une al discurso antipolítico en una visión apocalíptica de una sociedad desnudada para otro, para el terapeuta, pero no para sí misma. Obligada a mostrarse para el otro, pero impedida de observarse a sí misma.

Terrible experiencia la del príncipe enajenado, terapeuta de ocasión: pronto advertirá que un príncipe sin principado es peor que el vacío, es una caricatura que se observa a sí mismo.

Pero Estado y sociedad civil no son, como se supone ligeramente a veces, ámbitos homogéneos de dos tipos de acciones: la acción pública y la acción privada.

El Estado es por definición el ámbito privilegiado de la vida pública en tanto define el marco de la política. Cuando la actividad política se suspende, cuando la acción política se metamorfosea en acción puramente corporativa, entonces todo carácter público desaparece. El Estado, de hecho, se privatiza, no tanto en el sentido de desprenderse de alguna de sus actividades de gestión económica, sino en tanto se convierte en el espacio de intereses privados, y su dirección también se convierte en asunto privado y que se discute privadamente.

Lo público, en el sentido clásico de interés general, en el sentido más moderno de interés comunitario, es excluido del Estado, no solamente porque se excluye a los sectores populares, sino porque se excluye el principio mismo del interés colectivo. Por esta razón, esta separación de lo público y privado no solamente refuerza el aislamiento del Estado a la par que lo condiciona, sino también obra como desnaturalizante de la nación, concepto y práctica de reunión final de la sociedad y el Estado. El interés privado es exaltado hasta el paroxismo, y el Estado mismo es considerado como un actor privado entre otros actores privados.

Lo público aparece sólo como el espectáculo del poder, como visión del ejercicio del poder, no como espacio de la elaboración del interés colectivo, del proyecto de nación. Lo público retrocede a la privacidad, escapa del corporativismo, sólo puede encontrarse fuera del Estado, en la sociedad civil, en los conflictos comunitarios.

1. DESINFORMAR

Los medios masivos de comunicación -televisión y radio- estaban ya bajo control directo del Estado y son puestos a disposición de la campaña militar. La sociedad civil será desinformada pero no totalmente, *pues* quedan medios de expresión escrita, que aunque autocensurados alcanzan a transmitir algún latido de la sociedad. En cualquier caso la información es siempre del Estado a la sociedad. El retorno de los estados de opinión pública se logra mediante encuestas⁶ cuyos resultados no son jamás dados a conocer, pero que se realizan sistemáticamente. Los comunicados de prensa de la actividad oficial omiten cuidadosamente cualquier información substancial; se indica que hubo reunión del gabinete, o que el presidente recibió a distintas personas, pero jamás se dice de un modo claro ni lo que se discute, ni lo que se resuelve.

Desinformar no es la consecuencia de la falta de información, o por lo menos no necesariamente. Desinformar no es un acto de omisión simple, sino una estrategia deliberada que incluye tanto la omisión como la diseminación de información parcial o falsa, o verdadera pero llena de elementos capaces de generar suspicacias. Desinformar es tanto como desconcertar y desconcertar el primer paso para desarmar o directamente inmovilizar al adversario; su importancia ha crecido en la medida en que cambió la naturaleza misma de la guerra. Cuando dos ejércitos se enfrentaban lejos de sus respectivas sociedades, en el campo del honor o en el campo de batalla, una arenga a cada una de las tropas alcanza para reforzar la moral y asegurar eficacia en el combate. Pero la guerra moderna es cada vez más social y la guerra de guerrillas, como la contrainsurgencia, son guerras que se ganan o se pierden en las sociedades, en la medida en que ésta constituye el campo de batalla. Desinformar es en este caso un componente decisivo de la acción militar, tanto como el servicio de inteligencia es capaz de informar adecuadamente para la toma de decisiones.

Probablemente sea una casualidad pero los dos hombres con mayor poder político del mundo son especialistas

de inteligencia y desinformación. El actual secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, antes de convertirse en el patrón de la KGB desde donde salta a su cargo actual, era responsable de la sección "desinformación". George Bush, actual vicepresidente de los Estados Unidos, encabeza la más célebre de las compañías norteamericanas de inteligencia y desinformación, la CIA. Casualidades.

La sociedad es informada mediante comunicados o partes oficiales. Algunas veces se utiliza el método del *trascendido*. Así por ejemplo:

"DELIBERARON LA JUNTA Y EL COMITÉ MILITAR"⁷

"Se reunieron ayer la Junta y el Comité Militar para analizar diversos temas de las áreas de sus respectivas competencias. El órgano supremo del Estado deliberó a partir de las 9 en el Comando en Jefe de la Fuerza Aérea con la presencia del comandante en jefe del Ejército, teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, de la Armada, almirante Armando Lambruschini y de la Fuerza Aérea, brigadier general Omar Domingo Rubens Graffigna.

"La información suministrada al término de la reunión consigna que la Junta Militar de acuerdo con el temario preestablecido, consideró temas relacionados con la marcha del Proceso de Reorganización Nacional".

Pero inmediatamente después se agrega:

"En fuentes confiables, del ámbito castrense, se pudo saber que los comandantes en jefe analizaron la situación económica y política del país, tras las medidas adoptadas por el Poder Ejecutivo en el mercado cambiario.

"A las 11,30 se incorporó a la reunión el presidente de la Nación y se constituyó el Comité Militar para tratar aspectos atinentes a las relaciones internacionales de la Nación, según se informó.

"En esta reunión los comandantes en jefe y el presidente Viola habrían recibido un informe sobre la situación imperante en la frontera con Chile a raíz de su cierre por la detención de dos oficiales del Ejército Argentino, así como también la marcha de la mediación del Vaticano en el diferendo austral."

Lo *oficial* se desdobra en *oficioso*. No obstante, como el periodista está sujeto a control, no es demasiado diferente. La llamada *esfera oficial* es estrictamente una *esfera estatal*, clausurada para la sociedad, canal unilateral para la manipulación de la opinión.

2. INFORMAR

Mientras miles, tal vez decenas de miles de personas recogían información acerca de individuos, grupos o instituciones de la sociedad, organizándola en y para diversos aparatos de inteligencia estatales, la sociedad nada sabe no sólo acerca de la evolución del Estado, sino tampoco acerca de sí misma.

El hermetismo informativo del Estado fue reiteradamente señalado desde 1979 en adelante como una violación de elementales reglas republicanas. El silencio, cuando no el misterio, incluía las más variadas cuestiones: desde los índices habituales de la evolución económica hasta la lista de detenidos sin proceso, el monto de los sueldos cobrado por militares en retiro convocados para la función pública,⁸ o el crecimiento de la deuda externa que *se* duplicó entre 1978/1980 (de diez mil a veinte mil millones de dólares), sin que se diera nunca una explicación oficial, con excepción de una vaga y curiosa frase deslizada por el vicepresidente del Banco Central: es solamente un problema técnico contable. Diez mil millones de dólares.

Este impenetrable silencio militar-estatal incluyó aún los propios sectores sociales que apoyaron el golpe de marzo. Así, por ejemplo, el diario *La Prensa*, el más consecuentemente liberal de la Argentina, en un editorial del 6 de mayo de 1980 apunta:

"Nadie en el gobierno aclara cómo se va a hacer para llegar a la democracia por medio de leyes totalitarias como las sancionadas en materia de asociaciones profesionales, obras sociales, radiodifusión y reglamentaciones aduaneras. Nadie explica cómo puede haber diálogo sin partidos políticos y sin que el camino al poder pase por ellos en lugar de que siga haciéndolo, como en el pasado, por los sindicatos. Nadie menciona dónde y cómo están colocadas las reservas en divisas libres del Banco Central. Nadie desde la atalaya de las autoridades económicas dice cómo se va a afrontar la crisis financiera y sí en cambio, como hasta ahora, se recurrirá a la improvisación y el discrecionalismo. Nadie justifica por qué se han demorado reintegros a exportaciones no tradicionales de la industria aceitera originándole irreparables pérdidas, ni tampoco por qué hay empresas a las que se refinancia y mantiene a pesar de su confesada descapitalización, en tanto que otras son intervenidas o liquidadas. Nadie en la Cancillería da cuenta satisfactoria de los alcances de la nueva política inaugurada respecto de la Unión Soviética ni, sobre todo, expresa qué es lo que ya se ha convenido y qué es lo que se está tramitando realmente con el Kremlin.

"Nadie en el gobierno explica, ni aclara, ni gobierna, y todo se ignora o se posterga o se encubre mediante una propaganda destinada a ilusionar masivamente a la opinión pública."

La estrategia de la desaparición física de personas fue parte de esta estrategia global de desinformación y misterio. El efecto, el de la incertidumbre exagerada, no pudo ser otro que el temor ciudadano. La *desaparición* fue la más cruel de todas, fundada en la misma lógica con que los nazis encararon la *solución final*: la muerte del enemigo no es suficiente, es preciso que ayude a consolidar a los propios e inmovilizar a los enemigos. La desaparición es peor que la muerte porque se convierte en la sospecha de la muerte. Un testigo de la violencia en Colombia declara "no era la muerte lo que daba miedo, sino que se le hubiera perdido el respeto".

Este aislamiento tiene también consecuencias adicionales para las instituciones republicanas: ninguna información sobre el gasto público es brindada a los pre-ciudadanos. Razones de seguridad (guerra contra la guerrilla, guerra eventual con Chile) son invocadas para que se oculte o no se brinde la información sobre gastos públicos en general y gastos militares en particular.

"La oficina de prensa del Banco Central fue desmantelada a principios de 1978 por el señor Diz, la información fue negada en todas formas al periodismo, la desinformación de público, funcionarios y autoridades hizo estragos en la percepción de la realidad, pues fue reemplazada por la propaganda oficial.

"Resulta importante ahora que no se oculte la información financiera y cambiaria, día a día, porque los problemas no mejoran al ocultarlos, sino que se agravan."⁹

Una editorial del 14 de junio de 1981, del mismo diario, se refiere a la falta de información sobre una licitación que privatiza la totalidad del transporte subterráneo de Buenos Aires. Pese a la magnitud de la operación, la Municipalidad de Buenos Aires nada informó, por lo que -con razón- se concluye: "De esta manera la licitación dejó de ser pública para convertirse en secreta hasta que el trámite haya concluido y la opinión pública se encuentre ante el hecho consumado de la adjudicación. Tanto los oferentes como el pueblo de la ciudad de Buenos Aires tienen el derecho de enterarse de las ofertas, lo cual permitiría a las autoridades recibir observaciones y puntos de vista sobre el trámite cumplido y las presentaciones efectuadas, apreciar criterios y formas."

Desinformar e informar son condiciones necesarias para fortalecer el aislamiento: por la exclusión del Estado, exclusión de las organizaciones de articulación de intereses, exclusión de las organizaciones comunitarias o de la sociedad civil. Desinformar e informar constituyen dos facetas de la terapia cuya más sólida propuesta -ya se vio- es el aislamiento, la atomización de grupos y la paulatina ruptura de toda forma de solidaridad social. El poder en situaciones de dictadura reposa siempre en la neutralización de la capacidad de generar formas organizadas de solidaridad y en consecuencia, se incrementa en la misma medida en que las formas de solidaridad disminuyen en intensidad. La exacerbación de las tendencias individualistas encuentra su cauce y justificación en la metáfora de la sociedad enferma: no somos cada uno de nosotros los enfermos, es el conjunto. Como en la peste, la salvación está en el aislamiento que cada uno se impone a sí mismo.

III. Y EL MAL DE LA TERAPIA

1- MIEDO E IMPUNIDAD

Carente de legitimidad, formando parte de una facción, el Estado no puede garantizar el orden jurídico, ni siquiera aquél que las circunstancias mismas tolerarían. Aunque las garantías constitucionales tocantes a la libertad individual no fueron completamente suspendidas, en la práctica una sensación de inseguridad se apoderó de la sociedad. Cualquier persona puede ser detenida e interrogada durante un tiempo sin límites. Disposiciones de emergencia como la *disponibilidad* (detención a disposición del Poder Ejecutivo Nacional) que la Constitución autoriza por días o semanas, se utilizan para que centenas de personas permanezcan detenidas sin proceso durante años.

Todos los jueces son puestos a su vez en disponibilidad, y las listas de jueces cesantes comenzaron a aparecer en los periódicos desde mayo de 1976. Otras veces adictos al gobierno militar ocupan los puestos constitucionales: ningún recurso de *habeas corpus* prosperará en el país durante 1976 y 1977. Sólo en 1980/81 el poder ejecutivo será emplazado a liberar detenidos por manifiesta arbitrariedad.

Cuando el orden jurídico estatal es incapaz de satisfacer cualquier reclamo, la sociedad recurre a su propia trama: amigos de primos, tíos de militares, constituyen mejor vía para inquirir sobre un detenido o desaparecido. Pronto las esperanzas se esfuman: los militares en actividad y retiro han sido advertidos de que los pedidos de información o la gestión de libertades los convierte en sospechosos. Nadie está libre de sospecha, nadie se puede permitir compasión, nadie puede trabar la máquina de represión. La iglesia que desde antaño está asociada al poder estatal y al poder militar también es excluida: algunos obispos y curas fueron visiblemente responsables del Mal. Tampoco la iglesia constituye un puente entre la sociedad civil y el príncipe enajenado. El cardenal Primatesta no será invitado a los actos oficiales durante los años 1976/1977 y es también advertido y aislado. Ni

sistema legal, ni religión, ni amigos. Pocas veces una sociedad fue tan inerme, tan despojada de toda protección: así apareció el miedo como un atributo social.

El orden moral de una sociedad, en sentido genérico, reposa no tanto en la existencia de la correspondiente sanción (social) para cada violación (social) como en la propia conciencia individual. El orden jurídico reposa a la vez sobre este orden moral, al que se sobrepone en gran medida y en consecuencia funciona también el mismo mecanismo para asegurar el respeto de aquél. En este contexto, el temor de la sanción se complementa con la seguridad de la no sanción. Si bien es cierto que existen acciones punibles, existen acciones no punibles: el miedo no es generalizable como pauta de acción, salvo como patología individual. Cuando los signos del poder funcionan normalmente se parecen bastante a los semáforos y de allí que las conductas sociales se deslicen por canales muy rutinarios. Cuando el orden de la sociedad se rompe desde abajo, los sociólogos piensan inmediatamente en Durkheim, que, el primero, habla de anomia social, situación en la cual las pautas normativas dejan de tener vigencia como referentes de la conducta colectiva. Si esta situación coincide con una crisis económica de cierta magnitud en una sociedad capitalista se suele hablar de *crisis orgánica*, aquella que preanuncia la caducidad de un modo de producción. Pero cuando no es la sociedad la que abandona el marco normativo, sino el poder estatal, la situación no se invierte simétricamente. El poder no puede negar la norma, ni en términos de discurso ni como práctica, porque resultan erosionados los fundamentos del orden social que finalmente apunta a restablecer. En estas condiciones sólo cabe la suspensión normativa, el estado de excepción prolongado en el tiempo: las normas y las garantías existen pero subordinadas a objetivos superiores, a objetivos que están más allá de la vida y de la libertad de los hombres. En esta situación de vacío de referentes, el miedo, se convierte en el último signo de salud de la sociedad. Por miedo la sociedad civil se repliega sobre sí misma, en un proceso de lento metabolismo que traspasa los grupos y las clases. El miedo y los miedos forman parte, durante dos años, del horizonte de toda la Argentina sin excepción.¹⁰

Pero este miedo que se generaliza también tiene para nosotros el sentido preciso de una indicación escasamente explorada. A medida que la sociedad se reconoce en el miedo y en sus distintas manifestaciones, advierte también que no es su crisis (la crisis social) el punto más dramático de la historia, sino la crisis del príncipe enajenado y el derrumbe del Estado. Esa crisis del Estado, la retomaremos al final, vinculada a la Nación y a la sociedad. Retengamos el miedo como un signo positivo de la sociedad desnuda.

Al desamparo de unos sigue forzosamente la impunidad de otros. ¿Quién reclamaría a un cruzado por el césped que su caballo come en el jardín equivocado, o la herradura ajena, la cabeza inocente arrancada de un taje, si su camino conduce siempre a Dios? Escrito con pedantería "*Quand on a des tâches sacrées* -dit Nietzsche- *n'est on pas soi même déjà sacrée par une tâche pareille?*"¹¹ Cuando se combate por causas absolutas, con la razón absoluta y con medios absolutos, no hay juicio humano posible: las condiciones de la impunidad absoluta han sido creadas. También las condiciones de la reproducción del miedo, en la sociedad, y de la reproducción de la arbitrariedad en el Estado, o sea la condición de destrucción del Estado.

2- LA DESMOVILIZACIÓN

A un Estado despolitizado y/o privatizado, que ha perdido su naturaleza pública, no puede sino corresponder una sociedad civil desmovilizada, replegada sobre y en su propia privacidad. Pero *corresponde* no significa *determina*, la sociedad replegada no es la consecuencia del Estado despolitizado, tanto como éste no es la consecuencia de aquella. Procesos paralelos, tienen raíces distintas, a veces entrecruzadas, pero que conviene distinguir.

Los sociólogos han desarrollado conceptualizaciones diversas acerca de la movilidad social que corresponden igualmente a fenómenos sociales diversos.¹² Aquí me refiero exclusivamente a la movilización de la sociedad cuando ésta asume su identidad y a la desmovilización cuando la identidad es autocuestionada. Me refiero por supuesto a la sociedad como conjunto y en ningún caso esto implica suponer alguna clase de unidad superior a las divisiones y conflictos internos. Asumir la identidad implica que la sociedad se interroga prácticamente acerca de su naturaleza, evolución, destino o proyecto, en otros términos, implica que *se movilice* cuando acepta su propia problemática, ya sea como expresión de insatisfacción (reactivamente) o como afirmación de un proyecto (creativamente). En el límite de la movilización está siempre el horizonte de otra sociedad, aunque sea la continuidad de la misma. En el límite de la desmovilización está siempre el horizonte de la atomización, del extremo, individualismo.

En lenguaje militar se dice *movilización general* y esto implica (a) que se deja la labor particular (b) para formar parte de otro conjunto (ejército) general y (c) que en estas condiciones queda en disponibilidad para (d) otro tipo de acción. En consecuencia: pasa de lo particular a lo general, cambia de conjunto, disponibilidad y acción.

La sociedad es congelada, como se ha señalado. Empero se dice también, mantiene en su espacio su propia

lógica doblemente determinada: por la tensión entre la necesidad de adaptación externa (hacia el Estado) y la necesidad de resolver sus tensiones internas. Por un lado la sociedad civil como conjunto se detiene en su relación con el Estado, por otra se agita profundamente. Aparentemente una ola de inmovilidad parece cubrir la sociedad: en el fondo y en silencio la sociedad realmente parece rumiar las tensiones que no puede resolver. No se trata de la metáfora simplista de una caldera permanentemente sobrealimentada sin escape para su vapor, condenada por ello a la explosión. El vapor no se acumula, para seguir con la metáfora, porque la sociedad es simultáneamente empujada a la atomización. Los proyectos individuales desplazan la consideración de cualquier proyecto colectivo y, en consecuencia, la sociedad presenta la ambigua imagen que ofrecen no los conflictos inter o intraclases sino aquella de millones, incontables conflictos individuales.

La sociedad aislada es también inmovilizada en cuanto a la acción social colectiva, pero no obstante estructuralmente transformada. Durante la guerra la sociedad se moviliza y por esto mismo no es casual que finalizadas las grandes guerras se produzcan transformaciones importantes en la organización y orientación de los Estados y en la sociedad. Pero en esta guerra *particular*, la guerra interna, la sociedad es desmovilizada, es o se trata de congelarla, de modo que cualquier movimiento resulta inmediatamente sospechoso de connivencia con el enemigo.

Si, como apuntó remarcablemente bien Touraine, "*Le role de l'Etat se trouve toujours situé entre ces points extrêmes: l'Etat total qui rompt avec la société civile, lui impose ses intérêts et son idéologie, l'enferme dans l'immobilité ou l'agréssivité et de l'autre côté l'Etat absorbé par la société civile, c'est à dire soumis aux intérêts de la classe dirigeante ou au mieux à l'équilibre conservateur de la domination et de la défense sociales*".¹³

El rol del Estado se encuentra siempre situado entre estos puntos extremos: el Estado total que rompe con la *sociedad civil*, le impone sus intereses y su ideología, la encierra en la inmovilidad o la agresividad, y en el otro extremo el Estado absorbido por la sociedad civil, es decir sometido a los intereses de la clase dirigente o en el mejor de los casos al equilibrio conservador de la dominación y de la defensa societales.¹⁴

Empero, el Estado que toma distancia primero y se vuelve después contra la sociedad civil no es ni lo uno ni lo otro, pero se aproxima peligrosa e irresponsablemente al Estado total, es el Estado del *príncipe enajenado*.

La sociedad no es solamente la acción histórica sino también la acción social posible, esto es la resistencia y la porosidad que un Estado controlado dictatorialmente tiene respecto de la *demandas* social: esto marca la movilidad / desmovilidad. Entre el Estado totalitario y el Estado permisivo, la gama de opciones no es infinita; como las economías todos los Estados de occidente combinan distintos grados de totalitarismo y libertad. Pero también la sociedad presenta diversos grados de autonomía, de penetración estatal, distintas maneras de incorporar al Estado en la próxima práctica social. No tanto como protagonista externo, sino como una forma de comportamiento, como un referente porque ni el Estado es una esfera clausurada ni la sociedad un conjunto homogéneo. El punto más alto en la separación de la sociedad la marca, para el Estado, el aparato represivo mismo, la acción militar propiamente dicha. El punto más próximo a la sociedad está constituido por el poder judicial, que siendo órgano del Estado, poder estatal, recoge parcialmente las demandas de la sociedad civil y eventualmente frena no tanto la acción represiva como la ruptura de toda legalidad social, esto es, frena la marcha hacia el Estado totalitario.

Estado y sociedad, separados por el golpe de Estado de 1976, se reencuentran, por la fuerza de las circunstancias, en la guerra de las Malvinas, donde aparece un único elemento externo a ambos capaz de reunirlos: la idea de la nación.

IV.

La metáfora de la sociedad enferma, que el príncipe enajenado difunde desde el aparato estatal, permite la confrontación de una imagen de la sociedad con la sociedad misma, imagen que es también un diagnóstico, un juicio de valor y una propuesta de acción.

La profunda mutación de identidad colectiva que la sociedad argentina atravesó durante las cuatro últimas décadas, alcanza para admitir que la metáfora dé cuenta de su situación, pero no alcanza para conformar otra identidad, tampoco para que se reconozca totalmente. La metáfora ilumina netamente rasgos enfermos de cualquier sociedad del capitalismo periférico o del capitalismo a secas, pero no dice nada particular acerca de la propia sociedad argentina; y en la medida en que nada dice acerca de esto, parece reenviar la cuestión al extremo que así la define, al Estado que en proceso de privatización arrastra también la crisis de la propia sociedad.

La ruptura de toda legalidad conduce a la ruptura de toda legitimidad, hasta su paroxismo: el dominio de la arbitrariedad más completa. Un ejemplo extremo sin duda lo constituye el golpe de Estado de Galtieri contra Viola. Galtieri había destruido *junto* con Viola la legalidad del Estado en 1976. Pero en 1981, al desplazar a Viola, destruye la propia legalidad del régimen militar que había elegido a Viola por tres años conforme a un

procedimiento acordado por las propias Fuerzas Armadas. La ruptura de la legalidad estatal no produce, desde luego, necesariamente la ruptura de la legalidad social, pero es obvio que no contribuye a consolidarla y eventualmente tiende a destruirla. Seguramente es paradójico que en nombre de los valores del orden social alguien contribuya al desorden social, pero ésta es una de las consecuencias menos discutibles de la separación del Estado y la sociedad. Desde el Estado no sólo no aparecen direcciones históricas para la sociedad, sino un extraño alejamiento fundado en la sospecha y en el silencio.

La guerra de las Malvinas puso al desnudo la formidable contradicción que la metáfora de la sociedad enferma encerraba: la sociedad que comienza a movilizarse, la protesta obrera, la agudización de la recesión con inflación, comenzó a recuperar desde su privacidad el espacio público que le fue expropiado. La corporación militar decreta una guerra en la cual no quiere comprometer ni la nación a la que invoca ni la propia sociedad que no moviliza. La guerra no pone en evidencia una sociedad enferma, sino un Estado carente de dirección histórica, errático, en las manos privadas de un príncipe enajenado.

¹ Kuhn, *La Revolución Científica, F.C.E.*, Colección Breviarios, México, 1972.

² Idem, *pág.* 143.

³ Fromm, Erich, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Fondo Cultura Económica, México, 1956.

⁴ Sonntag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas*, Miechnik Editores, Barcelona, 1980.

⁵ Attali, Jacques, *El orden canibal*, Planeta, Barcelona, 1979, *Pág.* 31.

⁶ "La encuesta es un medio que ha sido siempre utilizado –especialmente por la Secretaría de Información Pública– para determinar imágenes o el conocimiento por parte de la población de determinados actos de gobierno, como ser leyes o decretos. En ningún caso se ha utilizado para medir grados de popularidad del presidente de la República" dijo el titular de la Secretaría de dicha Secretaría de Estado (Información Pública) general Antonio Llamas en la sala de periodistas de la Casa de Gobierno". *La Razón*, 8 de enero de 1980.

⁸ Cf. *La Prensa*, 11 de junio de 1981.

⁹ *La Prensa*, 7 de junio de 1981.

¹⁰ Un colega, profesor universitario, empleado bancario en 1958, movilizado militarmente por el gobierno constitucional de Frondizi a raíz de una huelga general, es dejado cesante en 1982 como profesor universitario. Un antecedente de veintitantos años atrás lo condena para siempre. Casos como éste hubo por decenas de miles.

¹¹ Citado por Bourdieu, Pierre, *Ce que parler veut dire*, Fayard, París, 1982, *Pág.* 208.

¹² Foucault, Michel, *La voluntad de saber*, Gallimard, París, 1976.

¹³ Touraine, Alain, *Production de la Société*, Editions du Seuil, París, 1973, *Pág.* 261.

¹⁴ *Ibidem*.